

# Los orígenes de la monarquía egipcia y su pervivencia en la memoria cultural: Menes.

Leguizamón Yesica Jimena.

Cita:

Leguizamón Yesica Jimena (2011). *Los orígenes de la monarquía egipcia y su pervivencia en la memoria cultural: Menes. XIII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Catamarca, Catamarca.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-071/19>

**Número de la mesa:** 3 (tres).

**Título de la mesa:** Teorías y Evidencias en los estudios del Cercano Oriente Antiguo.

**Apellido y nombre de las/os coordinadores/as:** Zingarelli, Andrea; Crochetti, Silvia; Flammini, Roxana.

**Título de la ponencia:** Los orígenes de la monarquía egipcia y su pervivencia en la memoria cultural: Menes.

**Apellido y nombre del/a autor/a:** Leguizamón Yesica Jimena.

**Pertenencia institucional:** UNLP.

**Documento de identidad:** 28.868.500.

**Correo electrónico:** [yesi2207@hotmail.com](mailto:yesi2207@hotmail.com)

**Autorización para publicar:** Se autoriza la publicación del presente trabajo.

**Los orígenes de la monarquía egipcia y su pervivencia en la memoria cultural:**

**Menes.**

**Leguizamón Yesica Jimena (UNLP)**

**Abstract:**

Hacia el 3000 a.C. aproximadamente los reinos del sur iniciaron la unificación del territorio que finalizó con un Egipto centralizado gobernado por una única persona: el faraón.

La historia y la memoria rescatan y resaltan la figura de Menes como el unificador del Alto y del Bajo Egipto, el fin de una era y el comienzo de otra, fundador del Estado faraónico y la instauración de la monarquía dual. Su imagen se convirtió en un arquetipo, un modelo a seguir por parte de sus sucesores.

El nombre del faraón Menes aparece en las listas reales y los anales como el primer rey de Egipto, e incluso, algunas van más allá de la figura de Menes incluyendo el período en el que los dioses habrían reinado sobre las Dos Tierras; estableciéndose así una continuación entre dioses y reyes. Tal conexión confirma la legitimidad del poder real, al plantear la heredabilidad del cargo y la continuidad con el pasado. De esta manera, se reafirma la legitimidad de los faraones que pueden recurrir al pasado mítico y justificar su acceso al trono.

Al desmoronarse el Reino Antiguo, sobreviene una época conocida como Primer Período Intermedio en la que nuevamente las Dos Tierras se han separado, el norte y el

sur se hallan enfrentados por la suma del poder político. Sin embargo, acorde a la concepción egipcia del tiempo, el accionar de Menes podría ser reproducido.

Proponemos analizar la manera en la que la figura de Menes ha sido preservada por la memoria, codificada en listas y anales, y de qué forma los faraones del Reino Medio, particularmente Amenemhat I (fundador de la dinastía XII), intentó emular y cimentar su poder, tomando como ejemplo la figura de Menes. Menes y Amenemhat I representan para la memoria cultural la unificación y la re-unificación de las Dos Tierras.

### **La unificación de las Dos Tierras: la transición entre el Predinástico y la dinastía I.**

Hacia el 3300 a.C. aproximadamente en el Antiguo Egipto ya se hallaban presentes los elementos que conducirían a la aparición del Estado. Podemos observar que desde el Predinástico<sup>1</sup> se habían conformado en la zona del Valle del Nilo, dos áreas que poseían marcadas diferencias entre ellas. Mientras que en el Bajo Egipto, los yacimientos nos proporcionan evidencias de una sociedad con una ausencia de jerarquización y una cultura bastante heterogénea; en el Alto Egipto las pruebas nos informan de una cultura más homogénea con una evidente jerarquización social. Conocemos las modificaciones que se produjeron a mediados del IV milenio, debido a que en los yacimientos del Delta se descubrieron evidencias que marcaron que se habían iniciado, en ese período, una serie de cambios culturales que resultarían en un proceso de jerarquización y en el avance de la cultura de Nagada (Cervelló Autuori, 1996b, pp. 7-9; Kuhrt 2000, pp. 152-157).

El proceso de expansión y unificación cultural que culminaría con la aparición de una monarquía faraónica centralizada, tiene sus orígenes en el Alto Egipto nucleado en tres centros activos e importantes: Hieracópolis, Nagada y Abidos. Proceso que ha sido denominado “nagadización” (Assmann 2005, pp. 41-42; Cervelló Autuori 2009, p. 69). Por la evidencia hallada en las necrópolis podemos observar la emergencia de una elite que se diferenció del resto de la sociedad por la acumulación de bienes de prestigio y la aparición de una serie de indicadores asociados a la realeza. Iconográficamente comenzaron a evidenciarse una serie de elementos que posteriormente se identificaran con la figura del Faraón. En relación con estos elementos, con el paso de una sociedad

---

<sup>1</sup> Para establecer la cronología del predinástico seguimos a Cervelló Autuori (1996b, pp. 8-9). Este autor divide al predinástico en tres fases: Amraciense o Nagada I (4000-3500 a.C.); Guerzeense o Nagada II (3500-3300 a.C) y el predinástico tardío o Nagada III (3300-3100 a.C). Siendo en esta última fase en la cual se produjo el paso del período predinástico al período dinástico.

preestatal a una sociedad estatal, se produjo una reorganización en la forma en que fueron configurados, como así también una modificación en cuanto a su función. Observamos que objetos tales como mazas o paletas y actividades tales como la caza se alejaron de su función utilitaria para pasar a formar parte del universo simbólico.

Estos cambios, que se produjeron durante transición de una sociedad sin estado a una sociedad estatal, se encuentran documentados en lo que se conoce como *documentos de unificación*: Paleta de Caza, Paleta de los Buitres, Paleta de Toro, Mango de cuchillo Djebel el-Arak, Cabeza de Maza de Escorpión, Cabeza de Maza de Narmer y Paleta de Narmer.<sup>2</sup> Es importante destacar que estos documentos necesitan ser entendidos, comprendidos y analizados en un contexto específico. Cervelló Autuori plantea en alusión a estos documentos (2009, p. 91) “*que la iconografía de estos objetos no admite una lectura directa o universal (...), sino que, muy al contrario es necesario conocer y tener presente esa especificidad cultural a la hora de hacer interpretaciones*”. Si bien estos documentos no nos proporcionarían información sobre hechos históricos concretos, nos permiten ubicarnos en el contexto histórico en el que fueron pensados y elaborados.

Los *documentos de unificación* reflexionaron sobre la guerra, la violencia y la caza (Cervelló Autuori, 2009, p. 92). La presencia de dichos temas en los documentos implicaría que eran cuestiones conocidas y experimentadas, aunque la evidencia arqueológica disponible no sea suficiente o no demuestre la existencia de un conflicto bélico. Asimismo, abordan la temática de la dualidad caos-orden, como podemos observar en la gran mayoría de ellos. Estos temas, que podían o no remitir a una realidad histórica, han quedado registrados iconográficamente, lo que nos estaría mostrando la existencia de un profundo aunque no tan evidente simbolismo. En palabras de Assmann (2005, p. 50) “*el mundo de sentido entonces naciente impulsaba a la simbolización visible*”. Tales objetos, que poseían una clara función ceremonial, fueron productos de una elite emergente. Esta situación no significó que hayan sido pura invención de dichas elites, sino que al contrario, poseían una existencia previa y su pervivencia en el tiempo nos conduciría a pensar que las elites se apropiaron de esta

---

<sup>2</sup> Documentos de unificación es el término empleado para designar una serie de materiales epigráficos y pictóricos diversos que pueden datarse aproximadamente en el momento crucial de los comienzos de la dinastía I (Kuhrt, 2000, p. 151). En el presente trabajo únicamente se mencionaran los nombres de estos documentos y sólo se tomará la Paleta de Narmer (que será brevemente descrita) por la asociación Narmer-Menes.

tradición e hicieron uso de estos elementos para transmitir y difundir su ideología (Wengrow 2007, pp. 216 y 227).

Estos documentos, que habían marcado una clara continuidad con las tradiciones del pasado, cayeron en desuso a principios de la dinastía I, perdiendo su valor como elementos de transmisión de la ideología dominante. La realidad de la nueva forma de poder conllevó la necesidad de emplear otros contextos en los cuales plasmar sus ideales, así como también marcó la necesidad de romper con el ayer y dar inicio a una nueva era. En este proceso, si bien algunos elementos fueron “olvidados” o desechados, al imaginario egipcio se le agregaron nuevas tradiciones y temáticas más acordes al objetivo del Estado emergente de demostrar una realeza fortalecida y poderosa. Estos documentos, en tanto construcciones socio-simbólicas que reflejan la concepción del grupo dominante, señalan la etapa en la que *“la realeza se impone en tanto que institución”* (Midant-Reynes, 2003, pp. 134 y 362).

El documento más significativo de este proceso de unificación es la Paleta de Narmer,<sup>3</sup> documento que ha sido considerado como la materialización del recuerdo del “mayor evento histórico del comienzo del período dinástico” (Köhler, 2002, p. 500), la bisagra entre dos mundos: el prehistórico y el histórico (Midant-Reynes, 2003, p. 355).

Si bien aparecían temáticas propias de ese período, la Paleta de Narmer incorporó un nuevo elemento a la iconografía que se perpetuará y repetirá durante toda la historia del Antiguo Egipto y que poseía una enorme carga simbólica: la masacre del enemigo. Motivo que ya se encontraba presente en el arte egipcio desde la tumba 100 de Hieracómpolis y que en la Paleta de Narmer aparece plenamente expresado (Midant-Reynes, 2003, p. 355). En opinión de Köhler (2002, p. 500) el topos de “masacre o subyugación del enemigo” se ha constituido en uno de los más frecuentes en la imaginería real. La masacre del enemigo se vinculaba con una de las funciones que el rey debía desempeñar: mantener alejadas a las fuerzas del caos y proteger las fronteras de Egipto. Como resultado de este proceso de unificación política y cultural, la ideología estatal caracterizó a los pueblos que se encontraban fuera de las fronteras de Egipto, como fuerzas caóticas. Su comportamiento salvaje les ha valido la caracterización de animales y su comportamiento hostil, el cual atentaba contra Egipto (su rey, su gente y su forma de vida) hizo necesaria su eliminación sino es posible su

---

<sup>3</sup> La Paleta de Narmer fue descubierta en Hieracómpolis por James Quibell en el año 1898 (Köhler, 2002, p. 499), posee 63 centímetros de alto y un 1centímetro de ancho aproximadamente y según la datación que se maneja, puede ubicarse en la transición del IV al III milenio.

contención (Wilkinson, 2000, pp. 28-29; Kuhrt 2000, p. 159). Esta concepción se mantuvo presente de manera activa en la historia del Antiguo Egipto y tras el Primer Período Intermedio observamos un cambio significativo: la temática de la “masacre del enemigo” se transfirió al ámbito literario. Por medio de los diversos relatos literarios se perpetuó la idea de que el extranjero era el enemigo y que debía ser detenido antes de que pusiera en peligro el equilibrio mantenido por el Faraón.

### **La monarquía egipcia.**

Cuando tratamos de explicar la formación del Estado en el Antiguo Egipto y su pervivencia por tres milenios aproximadamente, no sólo debemos centrar nuestra atención en los factores externos. Pues en opinión de Wilkinson (2000, p. 23) los grandes logros llevados a cabo por el Estado faraónico *“no habrían sido posibles sin la fuerza impulsora de la ideología”*. El factor psicológico ha desempeñado una función esencial en la formación de sentido, la construcción de la identidad y la memoria cultural. En palabras de Kemp (1992, p.28) la ideología *“ es el filtro peculiar a través del cual una sociedad se ve a sí misma y al resto del mundo, un conjunto de ideas y símbolos que explica la naturaleza de la sociedad, define cuál ha de ser su forma ideal y justifica los actos que la lleven hasta ella”*. Vemos así, que el Estado egipcio, acorde a esta concepción, elaboró a través de la iconografía, los mitos, la arquitectura monumental y la celebración de ritos una “Memoria cultural”,<sup>4</sup> compartida por los miembros de una sociedad.

Al hablar de memoria cultural nos referimos a la interpretación que los propios egipcios hicieron de su pasado y cómo lo preservaron en el tiempo. Que debía permanecer en la memoria y que debía ser exiliado a los confines del olvido respondían a las inquietudes y requerimientos del presente. Por lo tanto, la re-construcción y re-ordenamiento del pasado se encontró estrechamente relacionados con aquellos recuerdos y tradiciones que los individuos reclaman como propios y que no sólo les proporcionaban un sentido de identidad, sino que además, al transmitir de generación en generación los conocimientos y las experiencias acumuladas por una sociedad, se reforzaron los lazos que unían a los

---

<sup>4</sup> En su libro “Religión y memoria cultural” Assmann realiza un estudio acerca de la memoria y de la construcción de memoria en la sociedad. Realiza un estado del arte tomando como autores centrales a Halbwachs, Nietzsche y Freud como pioneros en el tema. Parte de la idea de que la memoria posee una doble base: una base social condicionada por la sociedad en la cual habita el individuo y una base neuronal o biológica. Sin embargo considera que es necesario liberarse del reduccionismo que implica limitar el desarrollo y la construcción de la memoria e ir más allá de esta doble base abordando asimismo las tradiciones culturales. Para definir a este tipo de memoria Aleida y Jan Assmann desarrollan un concepto llamado “Memoria cultural”.

miembros de dicha sociedad. La memoria cultural les permitió a los habitantes del Antiguo Egipto vincularse e identificarse con un pasado milenario a través de las diversas manifestaciones culturales que servían de soporte al recuerdo y porque no, al olvido y para ello, la escritura fue indispensable para salvar del olvido la memoria de un pasado se tornaba inabarcable (Assmann 2005, pp. 55-56; Assmann 2008, pp. 25-50). La forma en que los habitantes del Antiguo Egipto concebían el mundo circundante se vio reflejado en la manera en la cual se organizó la sociedad, la política y demás manifestaciones culturales. En concordancia con el pensamiento egipcio, el mundo se organizaba dualmente, dualidad inducida tanto por las condiciones geográficas como por la evolución cultural de Egipto (Midant-Reynes, 2003, p. 368): el Alto y el Bajo Egipto, la Doble Corona, las Dos Tierras, las Dos Señoras, las Dos Orillas, el orden y el caos. Esta dualidad que se encontraba expresada en términos más cósmicos que históricos, la encontramos registrada en la iconografía, la titulatura real, y posteriormente en la literatura, resumiendo la idea de que un todo se compone de dos partes contrarias (Frankfort, 1998a, p. 43). La monarquía dual en palabras de Frankfort (1998a, p. 40) “*servía de modo de expresión a una idea típicamente egipcia*”. El mantenimiento de una monarquía unificada y centralizada bajo el dominio del faraón era fundamental, ya que sin él el mundo viviría en un eterno caos y la confusión reinaría entre los hombres (Silverman 2004, pp. 106 y 108).

La monarquía fue establecida desde el momento mismo de la creación por el demiurgo y es el faraón, en su papel de descendiente y sucesor, quien estaba obligado a mantener y perpetuar el orden universal. Los antiguos egipcios no concibieron otra forma de gobierno que no sea la monarquía divina y dual y en la opinión de Frankfort esto se debe a que su realización ya había sido establecida desde el momento mismo de la creación (Frankfort, 1998a, p. 113)

Debemos tener presente que la ideología hacía del faraón el garante del equilibrio y la armonía. Su principal función, asignada por los propios dioses, consistía en mantener Maat (orden)<sup>5</sup> y expulsar Isfet (caos).<sup>6</sup> Al asegurar el armónico desenvolvimiento de las relaciones entre la esfera humana y la esfera divina como intermediario entre los hombres y los dioses y con su correcto accionar (es decir, respetando el orden y las

---

<sup>5</sup> Maat puede ser interpretado de diversas maneras. Frankfort (1998b, p. 141) aconseja “traducirla al mismo tiempo como una idea social, ética y cosmológica”. Maat puede significar o ser interpretada como: orden (cósmico, social y natural), verdad, justicia y justicia social, armonía, rectitud, equilibrio, veracidad. Véase también Assmann (1999).

<sup>6</sup> El término Isfet puede ser considerado, al igual que Maat de diversas maneras y traducirse como: caos (cósmico, social y político), injusticia, inequidad.

normas de conducta establecidas por los dioses desde el momento mismo de la creación) garantizaba el bienestar y la prosperidad en Egipto.

### **Cómo y para qué se recuerda el pasado.**

Para las sociedades de discurso mítico, lo sagrado se encontraba presente en todos los aspectos de la vida del ser humano (Cervelló Autuori, 1996a, pp.13-14). Toda acción realizada o a realizar por el hombre respondía a un arquetipo y acorde a su concepción cíclica del tiempo, las acciones remiten a un tiempo primigenio. Los mitos y ritos tomaron estas acciones y las elaboraron narrativamente ubicándolas en un pasado remoto, período en el cual habitaron los dioses. El mito constituye no sólo un modelo para vivir en sociedad y modelar las actividades humanas, sino que también permitió explicar los acontecimientos que generaban dudas e interrogantes a los habitantes de dichas sociedades en ese presente o que pudiera llegar a ocurrirles en un futuro. De esta manera, al establecer pautas de comportamiento y modelos “adecuados” de conducta, el mito reforzaba el orden existente.

La irrupción del tiempo mítico, la ruptura de las normas y del esquema establecido por el demiurgo, conllevaba un *castigo*. Conocer la causa que provocó el retorno al caos, permitiría corregir esta falta y encauzar a la sociedad en el camino correcto. Y la rectificación de esta falta sólo era posible gracias a una vuelta a los orígenes (Eliade 1992, pp. 8-26; Cervelló Autuori 1996a, pp. 21-22; Meletinski 2001, pp. 162-164).

Este sufrimiento que debían padecer los habitantes de las sociedades de discurso mítico al transgredir las normas establecidas por los dioses, fue integrado a su sistema de explicación. Y de esta manera, al poder ser explicado e interpretado el dolor no sólo adquirió sentido sino que proporcionó un propósito, puesto que dentro de su propio sistema de explicación el dolor no podía durar eternamente y que finalmente volvería a imperar el orden tras el dominio del caos (Eliade 2001, pp. 107-115). El dolor y la rememoración de un pasado trágico permiten “*crear memoria*”, ya que son las situaciones más dolorosas las que tienden a permanecer en la memoria de los habitantes de una determinada sociedad y que contribuyen a reforzar su identidad al compartir una experiencia traumática como grupo (Assmann, 2005, p. ; Assmann, 2008, p. 120). Candau (2001, pp. 147-151) al analizar la relación existente entre la memoria y la construcción de la identidad señaló que “*En el marco de una relación con el pasado que es siempre electiva, un grupo puede fundar su identidad sobre una memoria*

*histórica alimentada de recuerdos de un pasado prestigioso, pero la arraiga a menudo en un lacrimatorio o en la memoria del sufrimiento compartido”.*

Las sociedades necesitaron desde siempre acudir al pasado en busca de respuestas. La reconstrucción del pasado, no respondió a un único objetivo sino que sirvió a diversos propósitos, siendo el principal conferir a las elites dirigentes un marco de legitimidad a través de su identificación con ciertos personajes destacados de un pasado considerado “dorado”.

Quienes se encontraban en el poder y controlaban los medios de comunicación, tenían en sus manos instrumentos de poder sumamente útiles y valiosos, que les permitieron llevar a cabo un re-ordenamiento del pasado y presentarse a sí mismos como los sucesores de ese personaje del pasado con el cual se han identificado. Siempre que fuera necesario, principalmente en momentos de descentralización o transformación política y social, la nueva clase dirigente busco vincularse con figuras ejemplares del pasado, y por medio de las construcciones y re-construcciones basadas en el pretérito proclamaron que sus realizaciones eran una *restauración*. De esta manera, las elites dirigentes reivindicaron su derecho a gobernar y legitimaron su posición al investirse con la autoridad y la valía proveniente de los personajes del pasado a los cuales se asociaron (Hobsbawm, 1998, pp. 24-25; Plumb, pp. 42-48).

### **Menes en la memoria cultural: anales y listas reales.**

Aunque la evidencia arqueológica ha demostrado la existencia de otros jefes antes del ascenso de Menes al poder, el hecho es que la tradición y la memoria han hecho de este soberano, el primer rey de la dinastía y el iniciador de la monarquía faraónica. Sin embargo, a excepción de su mención en anales y listas reales de producción tardía,<sup>7</sup> su nombre no ha quedado registrado en ningún otro documento que pruebe o atestigüe su existencia. Menes ha sido identificado con Narmer o con su sucesor Aha, ello podría ser resultado de una combinación de nombres,<sup>8</sup> podría tratarse de una invención o tal vez Menes fuera el nombre alternativo de Narmer, no obstante

---

<sup>7</sup> La confección de las listas reales se produjo durante el Imperio Nuevo, en una época muy posterior a la unificación del Alto y del Bajo Egipto y al surgimiento de la monarquía, lo cual nos llevaría a considerar que, en tanto creación post-eventum, no escaparon al proceso de selección propia de las necesidades del presente y de la elite dominante que necesitaba algún asidero en el pasado para mantenerse en el trono.

<sup>8</sup> O'Mara planteó que posiblemente el nombre de Menes sea una corrupción del nombre Samti en hierático y la evidencia de que la transmutación del nombre Samti a Menes ocurrió es suministrada por el Canon de Turín. Para una mayor explicación véase O'Mara (1979) capítulo 11 pp. 145-160.

ello, es Menes quien la memoria estatal destacó como el iniciador de la dinastía I (Kemp, 1992, p. 60; Baud, 1999, pp. 109-110).

Ahora bien, si se acepta la existencia de otros jefes previos a Menes e incluso se ha considerado la posibilidad de que Menes no sea más que una creación ficticia la cual respondería a una clara necesidad de identificación ¿Por qué se destacó este rey de entre el resto? ¿Por qué la memoria perpetuó su nombre y lo identificó con los orígenes del Estado? Volviendo sobre lo anteriormente mencionado la unificación de Egipto se debió a “*la realización de un orden predestinado*” (Frankfort, 1998a, p. 113). Por lo tanto, Menes se alzó por encima de los otros gobernantes al cumplir con el mandato divino: que el valle del Nilo se encuentre bajo el control efectivo de un solo hombre, es decir, el faraón. Pero a la vez, su pervivencia en el tiempo se debió a que sus realizaciones además de poseer una clara correspondencia con concepción dual del mundo, su reinado quedó registrado<sup>9</sup> (Kemp, 1992, p. 60; Frankfort 1998a, pp.42-44).

Al hablar de anales y listas reales, si bien ambos nos permiten acceder a un pasado remoto tal como habría sido pensado y recreado por los habitantes del Antiguo Egipto, su finalidad y funcionalidad no era la misma, como tampoco lo fue el momento histórico en el que fueron elaborados. El documento más conocido que nos ha llegado de la primera categoría es la llamada Piedra de Palermo.<sup>10</sup> Aunque su estado es bastante fragmentario, se ha podido reconstruir una sucesión ordenada de reyes que van desde Aha (primer rey de la dinastía I [ca. 3000-2800] al cual se lo ha identificado con Menes) hasta Neferirkare Kakai (tercer rey [ca. 2472-2462] de la dinastía V [ca. 2500-2350]).<sup>11</sup> Aparecen registrados por años y en estas casillas quedaron registrados los acontecimientos más relevantes del gobierno de cada faraón, fundamentalmente aquellos relacionados con la economía y la crecida del Nilo (Baud, 1999, pp. 114-117; Wengrow, 2007, p. 169).

Bajo la denominación de listas reales,<sup>12</sup> según la definición que propuso Redford (1986), deberían colocarse las agrupaciones de reyes. Las mismas tenían por objeto organizar los nombres en una secuencia organizada cronológicamente que podríamos

---

<sup>9</sup> Recordemos que hacia el 3200 a.C. se ubican los orígenes de la escritura (tumba U-j). Por lo tanto, las elites dominantes contaban ya con los instrumentos necesarios para dejar registrados los acontecimientos dignos de perdurar en el tiempo.

<sup>10</sup> La Piedra de Palermo es una piedra de basalto negro que recibe su denominación del lugar en el cual se encuentra el mayor fragmento, esto es en el Museo de Palermo. Se desconoce su procedencia y fue legada al museo en el año 1877 (Grimal 1996, p. 52; Assmann 2005, p. 54).

<sup>11</sup> La cronología utilizada es tomada de Murnane (1995, pp. 712-714).

<sup>12</sup> Para una mayor información véase Redford (1986) quién realizó un análisis por separado cada una de estas listas organizadas según contextos históricos de producción.

considerar “histórica”, proporcionando además de los nombres de los faraones, la duración de sus reinados, siendo el Canon de Turín es el único ejemplar que se adapta a esta descripción (p. 1). Sin embargo, Redford también consideró que dicho término podía aplicarse de igual forma a compilaciones de nombres reales que se encontraban ubicadas dentro de los templos y pertenecían a la esfera “cultural”. Lo que las diferencia de las otras agrupaciones de reyes, es su funcionalidad, ya que estas listas buscaron establecer la continuidad con los ancestros al organizar su culto y asegurar la identidad de la comunidad como sucesores de esos reyes. Resaltaron su conexión con el mundo divino al formar parte de esa línea ininterrumpida de reyes que mantuvieron y reforzaron el orden establecido por los dioses (Redford, 1986, pp. 18 y 194-195). Brevemente nos referiremos al Canon de Turín, la lista real de Abidos, la lista real de Karnak y las obras de Manetón y Heródoto.

Comenzaremos por el Canon de Turín.<sup>13</sup> Meni=Menes es quien apareció por primera vez ostentando el título de “Rey del Alto y del Bajo Egipto”. Su nombre figura repetido dos veces, una vez con determinativo humano y la segunda con determinativo divino (Grimal 1996, p. 53).<sup>14</sup> Circunstancia que no nos debería pasar desapercibida, pues la esfera humana y la divina quedaron entrelazadas en la figura de este faraón y de esta manera, los soberanos de las dinastías siguientes al instalarse en esta sucesión ordenada de reyes, no sólo justificaron su posición en el poder terrenal, sino que además su posición en el cosmos fue resaltada. Podemos corroborar este hecho al observar como comienza y se desarrolla la secuencia de gobernantes tal como ha quedado registrada en el Canon: en primer lugar aparece la Gran Enéada, le sigue la Pequeña Enéada, los espíritus divinos y los hombres comenzado con la Casa de Menes. Sumado a todo ello, el Canon de Turín también proporcionó información adicional, la cual nos permitiría especular acerca de la importancia que cobraron algunos reyes en la memoria de la sociedad egipcia. En algunos cartuchos se agregó una fórmula muy raramente empleada y que se aplicaría únicamente a personalidades excepcionales. Se trata de *anx wDA snb* que traduciríamos como “Vida, Prosperidad, Salud” y con la cual se designaron

---

<sup>13</sup> El Canon o Papiro de Turín se encuentra en el Museo del Cairo. Escrito en hierático se estima que contenía más de 300 nombres de soberanos junto con la duración de sus reinados establecidos en años meses y días. Comienza su secuencia con el gobierno de los dioses sobre la tierra y continúa con el gobierno de los hombres. Se observó que para los primeros reyes aparece primero el nombre de Horus y a mitad de la dinastía V aparecen cambios en la plasmación de la titulación real. Redford proporciona además en el comienzo del libro un formato básico de cómo se estructuran las listas reales y como leerlas (1986, pp. 5-16).

<sup>14</sup> Véase Gardiner (1959).

únicamente seis faraones entre ellos Menes y Amenemhat I (ca. 1938-1759) (Redford, 1986, pp. 16-18).<sup>15</sup>

A diferencia del Canon de Turín, la lista real de Abidos omitió a aquellos reyes que no habían gobernado de manera unificada sobre las Dos Tierras (Kemp, 1992, pp. 29-30; Kuhrt, 2000, p. 149). En esta lista hallada, en el templo funerario de Seti I<sup>16</sup> (ca. 1290-1279) y que contiene una secuencia ordenada de 76 reyes que van desde Menes hasta Seti I, sería en donde por primera vez apareció datado históricamente el nombre del primer faraón como Menes (O'Mara, 1979, p. 147; Redford, 1986, pp. 18-19). Se observa al faraón y su hijo, el príncipe Ramsés (quien fuera posteriormente Ramsés II [ca. 1279-1213]), ofreciendo ofrendas a los nombres de estos faraones del pasado organizados de manera tal que le permitía a Seti I vincularse directamente con Menes como su legítimo sucesor. Son 61 los reyes que aparecen registrados desde Menes hasta Tutmosis III (ca. 1479-1425) en la lista real de Karnak (ubicada en el templo de Amón), la cual se ha convertido en una fuente importante para los historiadores, pues en ella se han conservado los nombres de algunos reyes del Segundo Período Intermedio. Esta lista presenta una peculiaridad, pues da la sensación de que los reyes allí representados no se encontraban ordenados de una forma lógica (Redford 1986, pp. 29-31).<sup>17</sup>

Manetón<sup>18</sup> a pedido de Ptolomeo I Soter (ca. 305-282) y basándose en las listas del Imperio Nuevo (ca. 1539-1075), lo cual se ha podido determinar por sus similitudes con dichos documentos, elaboró una lista de reyes. En su *Aegyptica*, Manetón señaló que Egipto era el reino más antiguo de la historia, el cual comenzó con el gobierno de los dioses sobre la tierra, semidioses, héroes y a continuación la Primera Casa Real a la cual se atribuyen ocho reyes, siendo el primero de ellos Menes originario de Tis. Manetón nos informa que este rey gobernó de forma ilustre sobre la tierra durante 30 años, alcanzando renombre al ir más allá de las fronteras. Además, relataba que Menes había perecido tras ser arrollado por un hipopótamo y a diferencia de Heródoto, atribuyó la fundación de Menfis al sucesor de Menes, es decir, Atotis (Manetón, 2003, pp. 47-55).

---

<sup>15</sup> Si bien encuentra lógico que la fórmula se emplee en relación a Menes y Amenemhat I, Redford (1986, pp. 1 y 16-18) se pregunta cuál es la razón por la que aparecen incluidos los otros reyes mencionados. Este interrogante se vincularía con su planteo al comienzo del libro de que el Canon de Turín es el producto de una larga tradición de la que nos ha llegado un único vestigio y que se trata de una elaboración de manuscritos más antiguos.

<sup>16</sup> Se ha encontrado una copia de esta lista en el templo funerario de Ramsés II también en Abidos que contiene 78 cartuchos con los nombres de los reyes incluyendo dos cartuchos de Ramsés II (Redford 1986, pp. 20-21)

<sup>17</sup> Las razones de ello son poco claras y hay diversas explicaciones que Redford (1986, p. 31) mencionó brevemente al analizar este documento.

<sup>18</sup> Manetón fue un sacerdote egipcio que vivió durante los reinados de Ptolomeo I y Ptolomeo II.

Heródoto narró la historia de Egipto en su libro I, siendo su principal fuente de información las conversaciones con los sacerdotes de Menfis que obtuvo durante sus viajes. Al igual que en el Canon de Turín y Manetón, antes de que los hombres gobiernan sobre la tierra, fueron los dioses los que reinaron primero. El primer rey de Egipto fue Mina=Min=Menes, quien unificó las Dos Tierras y fundó Menfis, que fuera la capital de Egipto durante siglos, a la vez que un importante centro religioso (2000, pp. 208-212).

Y si bien, los anales y las listas reales contribuyeron a elaborar una secuencia ordenada de reyes y se erigieron en una herramientas al servicio de la historia al momento de llenar los vacíos, en su inmensa mayoría, estos documentos no incluyeron la totalidad de los faraones que habían reinaron sobre Egipto. Ello se debe principalmente a que los escribas, a cuyo cargo estaba la producción, reproducción y transmisión de la ideología faraónica, en aras de preservar esa idea de continuidad, sólo habían tomado en consideración a aquellos reyes que gobernaron sobre la totalidad del territorio. Sin embargo, las omisiones fueron también producto de una selección que respondía a intereses políticos (Redford, 1986, p. 20).

Menes no sólo ha pasado a la historia como el rey que le confirió a Egipto su unidad, complementando la unificación política del territorio hacia el 3100 a.C., sino que además se le atribuyó la fundación de las Murallas Blancas, denominada posteriormente Menfis (Frankfort 1998a, pp. 46- 47; Cervelló Autuori 2009, p. 99). Bajo su reinado se produjeron una serie de cambios políticos, sociales, culturales y económicos que demuestran que Egipto se encontraba en condiciones de controlar un territorio extenso y de intervenir en regiones vecinas como Nubia y Palestina (Campagno, 2005, p. 75). Y así, como la monarquía faraónica fue considerada el signo de la reunión de dos partes: el Alto y el Bajo Egipto, la fundación de su capital y su ubicación en el espacio geográfico no podía escapar de la concepción dual sobre el cual se asentó el Estado egipcio. Menfis fue fundada en un punto estratégico donde las Dos Tierras se reunían, reconfigurando así los espacios de poder tradicionales (Midant-Reynes, 2003, pp. 367-371). La ubicación de la ciudad, el color blanco de las murallas (el cual señalaría el origen del rey) y el nombre del templo construido en honor a Ptah cuyo significado podía traducirse como “Balanza de las Dos Tierras” constituyen aspectos por demás significativos, puesto que se erigían como manifestaciones del accionar llevado a cabo por Menes a la vez que resaltaban el orden establecido por los dioses (Frankfort, 1998a, pp. 46-47).

La codificación de recuerdo (Assmann 2005, p. 54) en listas y anales, la plasmación por escrito del nombre de Menes y su identificación con los orígenes ha sido producto de una selección. Implicó un reconocimiento por parte de la sociedad y conllevó un deseo de identificación y pertenencia por parte de una elite gobernante que buscó enlazar su obra de gobierno con un referente reconocido, aceptado y valorado.

Debemos tener presente que para los egipcios el nombre poseía una carga simbólica por demás significativa y el hecho de que la tradición y la memoria atesoren el nombre de Menes, no es una cuestión que pueda ser considerada irrelevante. Si borrar el nombre de una persona, implicaba o manifestaba la negación de su existencia (Candau 2001, p. 65), rescatar el nombre de las aguas del Leteo se relacionaría estrechamente con la necesidad de identificarse con aquél personaje que, ya sea por sus cualidades personales o por sus acciones, ha logrado perpetuarse en la memoria de la sociedad, que realzó su gloria, sus virtudes y elevó su figura por encima de los simples mortales.

### **La re-unificación de las Dos Tierras: recreación de la obra de Menes y la literatura como nuevo soporte de la ideología.**

Durante el Reino Antiguo (ca. 2675-2130) nos hallamos frente a una realeza centralizada y unificada, cuya autoridad no fue cuestionada, cuyas acciones no necesitaban ser justificadas y cuyos valores no fueron puestos en tela de juicio (Assmann, 2005, p. 147). Sin embargo, esta situación se modificó con el advenimiento del Primer Período Intermedio (ca. 2130-1980), que introdujo e impulsó una serie de cambios que retomarán los faraones de la dinastía XII (ca. 1938-1909) para asentar la legitimidad de su gobierno.

Caracterizaremos brevemente el Primer Período Intermedio para comprender su importancia en la codificación del recuerdo a través de los relatos literarios de tono pesimista. Esta época de la historia del Antiguo Egipto, cuyos inicios se ubican con la llegada de la dinastía VI (ca. 2350-2170) al poder se caracterizó por la inestabilidad y descentralización de la monarquía unitaria, la fragmentación del poder político y el fortalecimiento de los poderes provinciales. La monarquía dejó de ocupar el lugar central en las inscripciones y fueron los nomarcas quienes, frente al vacío de poder dejado por la realeza faraónica, erigieron en fuente alternativa de poder. Las tradiciones que surgieron paralelamente a la monarquía y que habían contribuido a sostenerla a través del tiempo cayeron en el olvido o fueron usurpadas por las familias provinciales (Posener 1956, pp.9-10).

Las inscripciones autobiográficas resaltaron la labor de los nomarcas como gobernantes al garantizar la prosperidad y estabilidad de sus nomos en contraste con el hambre y la devastación que imperaba en Egipto. Nuevamente las Dos Tierras se separaron y el Norte se opuso al Sur: las dinastías heracleopolitanas (ca.2130-1980) se enfrentaron a la dinastía tebana (ca. 2081-1980). Finalmente la dinastía tebana de los Mentuhotep logró imponerse (Moreno García, 2004, pp.; 2009, pp. 181-208). No obstante, pese a los esfuerzos de esta dinastía por mantener y consolidar la unificación, fueron los faraones de la dinastía XII los que efectivamente lograron re-unificar las Dos Tierras y someter a los poderes locales (aunque se trató de un largo proceso que continuaron los faraones de la dinastía XIII [ca. 1759-1630]).

Ante esta situación, fue fundamental, para los faraones de la dinastía XII legitimar su posición básicamente por dos razones: en primer lugar debido a que no poseían ningún tipo de vinculación con la familia real de los Mentuhotep (dinastía XI 2081-1930 a.C.). Amememhat I, a quien se lo considera el fundador de la dinastía XII, ascendió al trono en circunstancias poco claras y la tradición tiende a hacer de él el visir de Mentuhotep IV (ca. 1945-1938); en segundo lugar, por hallarse frente a una elite que se había fortalecido y expandido durante el Primer Período Intermedio.<sup>19</sup>

En este contexto específico, frente a la necesidad de la monarquía de legitimar y justificar su acceso al trono, surgió en el Antiguo Egipto un nuevo ámbito de la palabra escrita:<sup>20</sup> la literatura. El cuestionamiento de los valores tradicionales, consecuencia del desmoronamiento del Reino Antiguo conllevó la necesidad de retomarlos y darles una formulación narrativa y discursiva.

La literatura que se elaboró y desarrolló en el Reino Medio (ca.1980-1630), fue la respuesta a la concreta situación atravesada durante el Primer Período Intermedio. Nos centraremos en la literatura sapiencial o pesimista, relatos que poseían una profunda significación política y que han sido elaboradas por los círculos palatinos para legitimar y justificar el acceso al trono de la nueva dinastía. En dichas obras se abordó la lucha entre el caos y el orden, mostrando la imagen de una sociedad en la cual la injusticia, la miseria, el desorden, el desequilibrio natural y cósmico se han convertido en situaciones

---

<sup>19</sup> Pese al esfuerzo realizado por los faraones de la dinastía XII por presentar la imagen de una monarquía fortalecida, lo cierto es que Amenemhat I y sus sucesores debieron afrontar graves conflictos internos. Podemos observar signos de esta frágil posición de la nueva dinastía en la instauración de la coregencia y el asesinato de Amenemhat I.

<sup>20</sup> Recordemos que la escritura, la cual se hallaba circunscripta a los ámbitos administrativo y funerario durante el Reino Antiguo, entre el Primer Período Intermedio y el Reino Medio amplió sus horizontes incorporando nuevos temas, formas de legitimación, personajes, valores y escenarios.

cotidianas. Pero a la vez que recordaron este pasado caótico, plasmaron en los textos literarios cuan importante era para Egipto el mantenimiento de la monarquía y de los preceptos establecidos por los dioses desde el momento mismo de la creación.

Por medio de la elaboración literaria de un mundo desolado, los faraones de la dinastía XII se presentaron como los salvadores de la monarquía y los únicos capaces de devolverle a Egipto la gloria del pasado. Se presentaron como los restauradores del orden y por ello, debían asentar su poder sobre un pasado respetable y acorde a sus necesidades de legitimación. Volvieron su mirada hacia el pasado y se identificaron con personajes prestigiosos encarnados por Menes y Snefru (ca. 2625-2585). Pero no renegaron de su pasado inmediato sino que lo incorporaron a sus esfuerzos por legitimarse: el recuerdo del Primer Período Intermedio se transformó así en una enseñanza esgrimida por los faraones para demostrar que el mundo sin monarquía se hundiría sin remedio en el caos. El Primer Período Intermedio, y en particular su recuerdo, fue esgrimido por los faraones de la dinastía XII para presentarse como “*salvadores en medio de la penuria*” (Assmann, 2005, p. 149).

Un aspecto llamativo que nos permite observar en los actos de Amenemhat I una recreación del accionar desplegado por Menes, fue la fundación de una nueva capital, a la cual se ha designado Amenemhat Ititawy, cuya traducción no podría ser mas reveladora “Amenemhat quien toma posesión de las Dos Tierras”. Si bien la fundación de la nueva ciudad y el traslado de la capital respondieron a necesidades estratégicas, el nombre con el cual ha pasado a la historia nos permite suponer que la intención del faraón y su entorno consistió en destacar que el resultado de su gobierno ha sido la reunificación de las Dos Tierras (Kemp, 1985, p. 109; Galán, 1998, p. 67; Kuhrt, 2000, p. 192). La fundación de la nueva capital, señaló Espinel (2009, p. 225) no sólo respondía al interés de establecer su sede de gobierno en una región más acorde a sus necesidades de ejercer un control más sólido sobre el Egipto unificado, sino que buscaba un distanciamiento con la corte tebana, tal vez en respuesta a la concepción de su reinado como el comienzo de una nueva era.

Como consecuencia del cambio de ciudad, se produjeron modificaciones en lo que respecta a la titulación real (antes del traslado la titulación de Amenemhat I seguía las tradiciones de la dinastía XI [Arnold 1991, p.18]). Sin embargo, durante la segunda parte de su reinado, los primeros tres de los cinco nombres que conformaron el

protocolo real<sup>21</sup> designaron a Amenemhat I como “Renovador de los Nacimientos” (Arnold 1991, p.18). Al igual que el traslado de la capital, el cambio en la titulación real declaró las intenciones de la nueva clase gobernante de distanciarse de sus antecesores y *“entrar en una nueva era o `creación` (...) en la forma de gobernar el país y de expresar plástica y textualmente tales transformaciones”* (Espinel, 2009, p. 226)

Esta imagen de salvadores e iniciadores de una nueva era, la observamos plasmada en los relatos literarios que formaron parte del proyecto de legitimación esbozado y efectuado por los faraones de la dinastía XII. La creación de este marco ideológico de justificación respondió a uno de los temas fundamentales de la ideología egipcia a la cual hemos aludido previamente: la continuidad con el pasado. La memoria cultural ha preservado el nombre de Menes como el unificador de las Dos Tierras y a Amenemhat I le ha reservado un lugar junto a los faraones más significativos de la historia de Egipto al haber logrado recrear la labor de Menes y re-unificar las Dos Tierras.

### **Reflexiones finales**

Acorde a la concepción cíclica del tiempo que los antiguos egipcios vivían como un “eterno retorno”, todo cambio o transformación que alterase el transcurrir del tiempo mítico debía ser explicado y superado. La separación de las Dos Tierras fue percibida como una irrupción, como una desviación del orden establecido por los dioses y serían los faraones de la dinastía XII, quienes tras una época caótica conocida como Primer Período Intermedio, habrían logrado reproducir la obra de Menes. Y así como ocurrió durante el período de formación del Estado, cuando los miembros de la elite emergente emplearon las paletas, mazas y demás objetos ceremoniales para transmitir su mensaje y asegurar la posición del faraón en el universo como contenedor del caos; los miembros de la dinastía XII emplearon la literatura para transmitir el mismo mensaje: la presencia del faraón era indispensable pues en caso contrario acontecerían en Egipto las situaciones calamitosas que sirvieron de inspiración a estos relatos. Amenemhat I y sus sucesores, por medio de la palabra escrita elaboraron y difundieron la imagen de una sociedad al borde del colapso y sin posibilidad alguna de salvación; situación que se modificó con su llegada al poder, pues ellos restablecieron Maat, expulsaron Isfet y re-unificaron las Dos Tierras. Discursivamente presentado, su

---

<sup>21</sup> El protocolo real estaba compuesto por cinco nombres: el nombre de Horus, el nombre de las Dos Señoras, Horus de oro, el prenomen (a continuación del título Rey del Alto y del Bajo Egipto) y a partir de la V dinastía se incluyó Hijo de Ra.

accionar emulaba la proeza de Menes, así Amenemhat I, al restaurar el orden nuevamente se convirtió en el re-unificador de las Dos Tierras.

### **Bibliografía**

Arnold, D. (1991). "Amenemhat I and the Early Twelfth Dynasty at Thebes". *Metropolitan Museum Journal*. Vol 26, pp. 5-48.

Assmann, J. (1999). *Maât, l'Égypte pharaonique et l'idée de justice sociale*. La Maison de Vie, París.

Assmann, J. (2005). *Egipto: Historia de un sentido*. Abada, Madrid.

Assmann, J. (2008). *Religión y memoria cultural. Diez estudios*. Ediciones Lilmod, Buenos Aires.

Baud, M. (1999). "Ménès, la mémoire monarchique et la chronologie du IIIe millénaire". *ArchéoNil* 9, pp. 109-147.

Bowman, A y Woolf, G (comps). (1999). *Cultura escrita y poder en el mundo antiguo*. Gedisa, Barcelona.

Candau, J. (2001). *Memoria e Historia*. Ediciones del Sol, Buenos Aires.

Campagno, M. (2005). "Le roi et la naissance de l'État Égyptien: un regard rétrospectif". *Les Dossiers d'Archeologie*, n° 307, pp. 74-81.

Cervelló Autuori, J. (1996a). *Egipto y África. Origen de la Civilización y la Monarquía faraónicas en su contexto africano*. AUSA, Sabadell.

Cervelló Autuori, J. (1996b). "Egipto. Dinastía O". *Revista de Arqueología* n° 183, Zugarta Ediciones, Madrid, pp. 6-16.

Cervelló Autuori, J. (2009). "La aparición del Estado y la época tinita". En Parra Ortiz, J.M (coord.). *El Antiguo Egipto. Sociedad, Economía, Política*. Marcial Pons, Ediciones de Historia S.A. Madrid, pp. 69-124.

Eliade, M. (1992.) *Mito y realidad*. Editorial Labor, Barcelona.

Eliade, M. (2001). *El Mito del Eterno Retorno. Arquetipos y Repetición*. Emecé, Buenos Aires.

Espinel, D. (2009). "El Reino Medio". En Parra Ortiz, J.M (coord.). *El Antiguo Egipto. Sociedad, Economía, Política*. Marcial Pons, Ediciones de Historia S.A. Madrid, pp. 209-271.

Frankfort, H. (1998a). *Reyes y Dioses*. Alianza Editorial, Madrid.

- Frankfort, H. (1998b). *La religión del Antiguo Egipto. Una interpretación*. Alianza, Madrid.
- Galán, J.M. (1998). *Cuatro Viajes en la Literatura del Antiguo Egipto*. Centro Superior de Investigaciones Científicas, Madrid.
- Galán, J.M. (2004). El paso del tiempo y el recuerdo del pasado en el Antiguo Egipto. En *Revista de Diactología y Tradiciones Populares*. De la Antropología del Tiempo y de la Historia, Volumen 59 nº 1, pp. 37-55.
- Grimal, N. (1996). *Historia del Antiguo Egipto*. Ediciones Akal, Madrid.
- Jenlin, E y Langland, V (comps). (2003). *Monumentos, Memoriales y Marcas Territoriales*. Siglo XXI, Madrid.
- Kemp, B. (1985). “*El Imperio Antiguo, el Imperio Medio y el Segundo Período Intermedio*”. En: Trigger, B. y otros. *Historia del Egipto Antiguo*. Crítica, Barcelona.
- Kemp, B. (1992). *El Antiguo Egipto. Anatomía de una civilización*. Crítica, Barcelona.
- Köhler, C. (2002). “*History or Ideology?: New Reflections on the Narmer Palette and the Nature of Foreign Relations in Predynastic Egypt*”. En: E.T. Levy and E.C.M. van den Brink (eds.), *Egypt and the Levant*, Londres y Nueva York, pp. 499-513
- Kuhrt, A. (2000). *El Oriente Próximo en la Antigüedad (c. 3000-330 a.C.)*. Crítica, Barcelona.
- Heródoto. (2000). *Historia. Libros I-II*. Editorial Gredos, S.A, Barcelona.
- Hobsbawm, E. (1998). *Sobre la Historia*. Crítica, Barcelona.
- Lefebvre, G. (1982). *Romans et contes égyptiennes de l'époque pharaonique*, Adrien-Maisonneuve. Paris. Traducción de Serrano Delgado, J. M. (2003). *Mitos y cuentos egipcios de la época faraónica*. Akal Oriente. Serie Egipto, Madrid.
- Lewis, B. (1979). *La historia recordada, rescatada, inventada*. Fondo de Cultura Económica, México.
- Lichtheim, M. (1973). *Ancient Egyptian Literature. A Book of Readings. The Old and Middle Kingdoms*. Vol 1. University of California Press, California.
- Loprieno, A. *Ancient Egyptian literature. History and Forms*. E.J. Brill. Leiden, Nueva York, Colona.
- Midant-Reynes, B. (2003). *Aux origines de l'Égypte. Du Néolithique à émergence de l'État*. Fayard, París.
- Manetón. (2003). *Historia de Egipto*. Alianza Editorial, Madrid.
- Meletinski, E. (2001). *El mito. Literatura y folclore*. Ediciones Akal, Madrid.

- Moreno García, J.C. (2004). *Egipto en el Imperio Antiguo (2650-2150 A.C.)*. Bellaterra S.L, Barcelona.
- Moreno García, J.C. (2009). “*El Primer Período Intermedio*”. En Parra Ortiz, J.M (coord.). *El Antiguo Egipto. Sociedad, Economía, Política*. Marcial Pons, Ediciones de Historia S.A. Madrid, pp. 181-208.
- Murnane, W.J. (1995). “*The History of Ancient Egypt: An Overview*”. En Sasson, J.M y otros (eds). *Civilizations of the Ancient Near East*. Scribners, Nueva York. Volumen II.
- O’Mara, P. (1979). *The Palermo Stone and the Archaic Kings of Egypt*. Paulette Publishing, Co, La Canada.
- Pereyra, C. y otros. (1981). *Historia ¿Para qué? Siglo XXI*, México.
- Plumb, H. (1974). *La muerte del pasado*. Barral, Barcelona.
- Posener, G. (1956). *Litterature et politique dans l’Egypte de la XIIe Dynastie*. Fascicule 307 de “la Bibliothèque de l’Ecole des Hautes études”. Honoré Champion, París.
- Redford, D. (1986). *Pharaonic King List, Annals and Day Books. A Contribution to the Study of the Egyptian Sense of History*. Benben Publications Publication, Mississauga.
- Ricoeur, P. (2000). *La Memoria, la Historia, el Olvido*. Fondo de Cultura Económica, Argentina.
- Silverman, D. (2004). (comp). *El Antiguo Egipto*. BLUME, Barcelona.
- Simpson, W. K. (1963). “*Studies in the Twelfth Egyptian Dynasty: I-II*”. *Journal of the American Research Center in Egypt*. Vol. 2, pp. 52-63.
- Wilkinson, T. (2000). “*What a King Is This: Narmer and the concept of the Ruler*”. *Journal of Egyptian Archeology*. Vol. 86, pp. 23-32.
- Wengrow, D. (2007). *La arqueología del Egipto Arcaico. Transformaciones sociales en el noroeste de África (10.000-2650 a.C.)*. Ediciones Bellaterra, Barcelona.